



ANECDOTA

EL VELORIO DEL ANGELITITO

-La sorpresa-

Por Prof. Rafael Stahlschmidt
Año 2012

Según algunos investigadores, se estima que esta es una costumbre muy arraigada en varios países o zonas, que data de épocas precolombinas por estos lares.

Personalmente, y después de haber leído documentación del Archivo de Indias, y autores de prestigio argentino y extranjeros, y habiendo escuchado por boca de Don Agustín Chazarreta, hijo y director del Instituto de folklóre Don Andrés Chazarreta (hace ya varios años), podría datar de fines del Siglo XVII y principios del XVIII.

La creencia es muy antigua: los niños que fallecen antes de los siete u ocho años de edad, se transforman en angelitos, ¿qué pecados pudieron cometer a esa edad? Ninguno, entonces no hay duda: los niños que se mueren van directamente al cielo. Pero antes hay que pedir la protección y la bendición de Dios, con un particular rito fúnebre. Claro está que es un ritual pagano, que aunque esté relacionado con la religión católica, pero también en este caso, como en todas las prácticas religiosas populares y paganas, algo quiere significar.

Fue en este siglo, al cual hace referencia la antropóloga argentina Maricel Pelegrín, en su estudio *“El Vetlatori del Albaet en Valencia y su correlato en el Velorio del Angelito en Santiago del Estero, Argentina”*, relata un hecho digno de mención. Según pudo documentarse, estos rituales han sido prohibidos durante el siglo XVIII a instancias del obispo de Orihuela, don Josef Tormo. Ocurrió que por entonces se produjo en la zona una muy alta mortandad infantil, lo que provocó abundancia de vetlatoris. Ante esta situación, el obispo se dirigió a la Real Audiencia de Valencia solicitando su intervención, de la que consiguió respuesta favorable. Estos son algunos párrafos de su carta: “En número considerable de estos pueblos se ha introducido la bárbara costumbre de los bayles nocturnos con motivo de los niños que se mueren (...) no habiendo



bastado para exterminar los daños espirituales y temporales que de ello resultan, el desvelo de mis Antecesores y mío, y excomuniones fulminadas para desterrarlo (...) Suelen juntarse hombres y mugeres, la mayor parte mozos y doncellas en las casas de los padres de los difuntos, y contra las leyes de la humanidad se gastan chanzas, invectivas y bufonadas contrarias a la modestia, y consideraciones cristianas que presentan la muerte de un hijo; y después se bayla hasta las dos o tres de la mañana (...) La grande población de aquel territorio hace mui frecuentes estas funciones, por los muchos niños que se mueren, lo que ocasiona que se pierdan muchos jornales, pues como el retirarse a sus casas es a hora en que es mui difícil logren el descanso correspondiente de la noche para trabajar entre el día, se aumenta su infelicidad y miseria y se perjudican los expresados fines.” El obispo es claro. Para él (y sus antecesores), se trata de una bárbara costumbre que no pudo ser desterrada ni con excomuniones. De allí que apele a la Real Audiencia procurando la prohibición civil de esta práctica debido a que por ella se pierden muchos jornales.¹

El origen de esta costumbre en Iberoamerica , tiene como origen de nacimiento en la costa africana, que por la trata de esclavos vino a centro América hecho en donde se hizo costumbre entre las poblaciones negras de Puerto Rico, Venezuela y Colombia. Pero la trata de negros ocupaba todo el territorio, o sea que esta costumbre se extendió prácticamente por todo el continente, en particular la zona española”.

Por su enorme extensión geográfica que cubría el imperio, inevitablemente alcanzó de una forma u otra, a casi todas las etnias originarias de estos suelos; eso provocó la sospecha de que sus antecedentes eran autóctonos. Sin embargo, hoy se sabe que esta tradición llegó para instalarse en Iberoamérica con los españoles. Más precisamente, de aquellos españoles de origen valenciano, con sus tradiciones, entre ellas la del “Velatori del Albaet”, cuya traducción literal sería “velatorio del niño muerto sin pecado”

Esta costumbre mortuoria no es tan dolorosa y llorona como parecería. La línea de los Incas y Mayas, hacia el sur, o sea la línea del camino real, la quichua, fue la que tomó esa costumbre,

1 - Zalba Sergio -Pastoral popular- Las huahuitas del Señor. Angelitos y velorios-Ed. San Pablo



mientras con el paso de los años fue desapareciendo o diferenciándose una de otras, excepto en algunos pueblos pequeños de países centro y sudamericanos.

En Argentina, se instaló con mayor preponderancia, se podría decir en el Norte, desde Salta hasta el Norte de Córdoba, con epicentro en Santiago del Estero, pero en menor medida proseguía hasta la Patagonia, y que a principios del Siglo XX todavía se acostumbraba, y no sé si aún no subsiste. En *De Fierro Just another WordPress*, apunta tomado de Juan Ambrosetti, que “*A principios de siglo (XX) en la ciudad de Reconquista (Santa Fe) (...) Con tan fausto motivo fuimos invitados al velorio del angelito. El rancho bien barrido y regado a mano tenía un aspecto alegre. Sobre una mesa colocada en uno de los frentes, llena de paños de crochet, yuyos y flores, se hallaba vestida de blanco la criatura, cubierta con una gorrita con moños de cintas argentinas, y sus manitas yertas, con los dedos entrecruzados tenían un ramo de azahar. Los ojos vidriosos y abiertos miraban el techo; su boquita cerrada sin expresión y sus mejillas sin color, alumbradas por la luz amarillenta de las velas que rodeaban el cadáver, le daban un aire tranquilo de muñeca; sólo los piecitos desnudos con los dedos crispados en el último estertor agónico revelaban la muerte. Todos los candeleros de la vecindad fueron puestos a contribución, y cuando faltaron éstos sirvieron las botellas, que lloraban largas lágrimas de sebo al ser relegadas al triste papel de tener la vela. En la cabecera, un Cristo de madera con un brazo roto y atado con hilos, y sobre éste, clavado a la pared, un cuadro con grandes flores de lata mostraba tras el vidrio la Virgen del Carmen repartiendo escapularios a los pobres que se achicharraban en un infierno, pintado con llamas de un rojo subido*”²

-I-

Quien esto escribe, tuvo la oportunidad de presenciar uno allá por el año 1981, en las afueras de un pueblo Nasaló (entre Añatuya y Quimilí) al este –de Santiago del Estero, en una oportunidad en que íbamos con un amigo –santiagueño él-, de sobrenombre Chunquín, y se dio

2 -Ambrosetti, Juan Bautista. Viaje de un maturrango y otros relatos folklóricos. Selección, prólogo y notas de Augusto Raúl Cortázar. Buenos Aires, Taurus –Nueva Dimensión Argentina, dirigida por Gregorio Weinberg-, 2005.



la casualidad de que al llegar a ese pueblo, e intentar descansar y comer algo, nunca imaginamos que nos iríamos al día siguiente después de un sepelio. Al final, llegamos casi dos días tarde a Presidencia Roque Sáenz Peña, El Chaco.

Entro a una especie de almacén, con piso bajo, de ladrillos, recuerdo muy bien y le pido a una señora de mediana edad un paquete de cigarrillos.

-“¡Me alcanzó con lo justo”, me dijo.

-¿Sí, ya se va?.

-Sí, tenemos velorio en el pueblo, se ha muerto un angelito, me dijo como la cosa más natural. Claro que es natural que alguien se muera, lo que no me imaginé cómo iba a ser la cosa.

Yo había escuchado ya de esta costumbre, la había estudiado en abstracto, mejor dicho y solo me imaginaba como sería semejante situación, y más para una mentalidad como la nuestra que no concebía del todo eso de “alegrarse porque se murió un angelito”. Y fue la casualidad o la circunstancia, vaya a saber, me tocó presenciar uno.

Antes haré algunas aclaraciones. Después de ver lo que voy a contar, me puse a leer, investigar, a reforzar mi experiencia sobre ello, y me llevé una sorpresa, la que ya antes y después la impuse para otras costumbres como las famosas coreografías que nadie puede decir que son las seguras, y el mismo caso se daba con el famoso Velorio del Angelito. Es más, dentro de la Argentina no hay dos lugares que sea igual el rito, salvo en algunas cosas pequeñas.

Entonces, si alguien quiere refutar algo, les digo dos cosas: 1º) que lo que voy a contar “yo lo vi”, que de hecho se altera con otras circunstancias, lo que no quiere decir que ninguna costumbre de esas esté equivocada, y 2º) que me puse a investigar, cosa que aconsejo en especial a los “enseñadores”.

-II-

Cuando llegamos al poblado, vimos a gente muy apesadumbrada; de por sí el santiagueño no es muy pausado y pensador de hablar, pero esta vez es como si retaceara totalmente la conversación: las respuestas eran con “sí” o con “no” o alguna otra frase como “para no quedar



mal ante los extraños”. Nos acercamos a una señora que tenía una especie de almacén para comprarle algunas cosas para seguir viaje, y a nuestra pregunta nos dice:

– “es que se ha muerto el angelito de la Rita, y el pueblo se está preparando para la fiesta”.....

A mí no me sorprendió mucho, y a mi acompañante tampoco porque ya lo habíamos escuchado cada cual por su lado, pero sí me sorprendió la posibilidad de verlo en persona.

– perdón señora, y eso cuando es....

– ahora, dentro de una hora, al caer el sol.....

– gracias, le dije, y salimos.

– ché Chunquin, le dije a quién me acompañaba (obvio que era un sobrenombre), ¿qué te parece si esperamos un rato, y vemos cómo es?

– dale, nos sentamos en la plaza, porque a la iglesia deben venir, le dije....., y me equivoqué.

Pasó el tiempo, una hora larga, se hizo de noche, y el angelito no aparecía, entonces fue cuando vimos que la señora del almacén que lo cerraba y antes de que se alejara, Chunquin se levanta y le pregunta:

– no joven, el velorio es en la casa de la familia, y allí se hace la fiesta....., ¡¡como me impresionaba esa palabra!!!

– ¿y nosotros podemos darle el pésame a la madre o al padre?

– no -dijo para nuestra sorpresa-, si quieren vayan, pero no se puede darle el pésame, porque todo será alegría, deben mostrar ustedes que también están alegres.

Eso no lo podríamos hacer, pero tampoco era nuestro pesar. Llegamos a la casa, mejor dicho era un rancho; buscamos al finadito, mientras llegaba gente, a caballo, en burros, sulky, caminando, y de a poco se llenaba de gente el patio de tierra, pero no encontrábamos el angelito.

Mirábamos como los parroquianos, paisanos, hombres puesteros, familiares, estaban rondando por el patio de tierra endurecida a aceite. De pronto un golpe de kajachata, y todos prestaron atención en doble fila frente a la puerta,, y vimos cómo el angelito salía de la casa llevado por varones, y lo ponían en una especie de hamaca sostenida de los palos que sostenían el techo de la galería de la casa, y su madre quedaba encerrada adentro, en donde hacía el luto y lloraba acompañada por las lloronas alquiladas, que se turnaban en el llanto y en el rezo hasta el día siguiente.



Entre los palos horquetas que sostenían el techo, envuelto en una sábana blanca, y sobre una colcha gris, con flores y un jarro de leche (por si el angelito tiene sed durante el viaje al cielo), vimos que una mujer le ponía dos alas echas de papel blanco, que son las que lo llevarán al cielo, por eso las mujeres -en especial-, no debían llorar para no mojar las alas y que no pudiera volar. Y eso tenía un sentido: el llanto podía mojar las alas e impedir que se fuera al cielo volando. Y al lado del angelito, el padrino le puso una soga, para que el ángel los ayude a subir al cielo cuando les llegue el turno a ellos. No podíamos creer en lo que estábamos viendo. Reitero, me lo habían contado y enseñado, pero verlo era otra cosa, y la sensación no les cuento, hasta pavura daba.

Nuestra curiosidad hacía que preguntáramos todo, o lo que nos contestaban, pero queríamos saber y a la voluntad del preguntado.

Veíamos todo eso, pero ya en estado de congoja, pero recordamos lo que nos habían dicho. Ganas terribles de irnos, pero ya a esa altura iba a quedar mal, además nuestra curiosidad era muy grande.

Nadie lloraba, al contrario, risas y sonrisas sin disimulo se veía en la gente, la pesadumbre había pasado, o mejor dicho parecía que nunca hubiera estado; el mate cimarrón corría de mano en mano.

Después de toda esta ceremonia, comenzaron a aparecer y acomodar los instrumentos para tenerlos a mano, y resuena en el ámbito algunas explosiones de cohetes....., lo que me hizo recordar a cuando estudié que hecho similar ocurría en los *vetlitoris valencianos*.

Tampoco puede faltar la comida, al mediodía ya había habido un “guiso pulsudo” con bebida a discreción, para los presentes, y por la tarde mientras las mujeres preparaban ya los acompañantes (ensaladas, pimientos asados, papas rellenas), y los varones comenzaron a con un asado de vaca, todo para “pasar la noche”. El vino, ginebra, chicha, cerveza..., de varios tipos de bebida. Pero lo cómico, si así se puede decir, todos los gastos corrían por cuenta de la **madrina** del angelito. Ella era la responsable del niño que ya había sido bautizado. Y había que fijarse en esto, que el angelito fuese bautizado, sino no se hacía nada, pero eso se solucionaba rápido.

Pobre niño en Gracia de Dios, el cura no estaba al alcance, solo pasaba una o dos veces al mes, porque su parroquia tenía kilómetros cuadrados. Pero, el sacerdote previendo cuestiones



análogas, había dejado laicos habilitados para administrar algunos Sacramentos –ministros-, el cual uno de ellos bautizó.

Y esto es cierto, porque cualquier cristiano varón bautizado, y moralmente sano, puede hacerlo, según dice el punto 903 del Catecismo de la Iglesia Católica, que dice: *"Donde lo aconseje la necesidad de la Iglesia y no haya ministros del clero, pueden también los laicos, aunque no sean lectores ni acólitos, suplirles en algunas de sus funciones, es decir, ejercitar el ministerio de la palabra, presidir las oraciones litúrgicas, administrar el Bautismo y dar la sagrada Comunión, según las prescripciones del derecho"* (CIC, can. 230, 3).

En eso estábamos, sin hablar, cuando nos llamó la atención que comenzara a llegar gente en auto, no tan campesina, de nivel medio, gente “ilustrada” como le llaman en la zona; un paisano “de ciudad” (al decirnos un pueblerito) que cuando se enteraban asistían a esos velorios porque el angelito era hijo de algún puestero, peón de estancia, o simplemente porque era conocido, aunque no faltaba aquel que con el pretexto de dar el pésame sabía que era fiesta en puerta.

Obviamente es una costumbre pagana –y que se sigue practicando en lugares de nuestro país, incluso en el sur patagónico-, aunque muchas de ellas medio a las escondidas por temor a los “qué dirán”.

El sentido original, entonces, al igual que en Europa, era alegrarse porque el angelito en gracia de Dios iba directamente su alma al lado del Padre, costumbre esta por lo que se ve, es mezcla de paganismo y religión, pero por extraño el rito que los mismos paisanos advertían, “por las dudas el niño había sido bautizado”, lo que daba pie a la alegría de que el niño se fuera al cielo. Era una alegría de verdad de que un angelito fuese al cielo, porque más allá de la fe (medio pagana), a la vez eso significaba fiesta, sí, fiesta, con todo lo que ello implicaba.

Era tan barullera la fiesta, aunque inocente y con la sana idea de asegurarse de que el angelito llegue al cielo, hacían más que ruido, a veces se les “iba la mano”, que recuerdo haber estudiado que, allá hace tiempo, la misma Iglesia puso cierto coto pero no la prohibió, aunque ganas no le faltaron. Y no le faltaron, porque no era el velorio en sí mismo, sino en todo el desarrollo que ello implicaba que al final era una junta de personas que se agarraban “una tranca de aquellas”, y otras mujeres contratadas para llorar por el alma en camino al cielo solamente, podía constituirse en una herejía.



-III-

Después, ya afuera, se acomodó todo para la fiesta, una especie de ágape, con los demás deudos, e invitados (y curiosos como nosotros) ya la cosa era distinta.

Y aquí viene la sorpresa.

En el patio, al pie de un añoso algarrobo se juntaron los parientes, tíos, primos, tías, abuelos, bisabuelos si los había, paisanos, indios, y todo aquel que quisiera acercarse “a homenajear” al angelito. Por lo general, todos los asistentes eran.....¡¡¡chacareros!!!!, o hacheros, porque era zona para esas actividades nomás.

Se ponían tablones, algunos horcones, y se “armaba la velada” de luto por el angelito, cuyo cuerpecito yacía en el alero colgado de una especie de hamaca, como dije, y coronado de flores silvestres o alguna otra que se consiguió.

Y se armó la farra; salieron a tallar las tarkas, vainas del árbol del chivato, ese gigante de flor amarilla, las quenás y las malta guitarras, hechas con cáscara de calabaza montarás., algún que otro bombo tambor, y la fiesta estaba armada. “Listo el asado”, y solo los varones se acercaron primero, sacando el facón, cuchillo o en especial el verijero. –acerquesen mozos, nos dijo uno, mientras nos alcanzaba un par de cuchillos medio oscuros.

Eso hicimos, “p’ a no despreciar”, y se comía directamente de la parrilla. En eso estábamos, ya había pasado un rato largo –porque lo que es de mi parte había perdido la noción del tiempo-, y sin perdernos nada de lo que estaba pasando, cuando la kajachata redobla. Y sin dejar de comer, el padre del angelito se aparta, y se dirige a la madrina y la invita a bailar. Todos se enderezan, miran la pareja, sin dejar de masticar por cierto, y mucho menos de beber. Todo formaba parte del rito, y la madrina, que era CHACARERA, simplemente porque el trabajo de hachero no era trabajo para ella, tenía aceptar el convite.

Pero, antes de que comenzara la música, y los bailarines procedieran a bailar, padre y madrina se acercaban al angelito, y el padre se acercaba al angelito y pedía su permiso para comenzar este homenaje en su favor, diciendo una oración en quechua (que yo después me preocupé en conseguirla y hacerla traducir mediocrementemente), que era algo así:



En tu honor dulce niño
Que llevas el nombre
De tu ángel de la guarda
Haremos festejo
Para que alegremos
Tu camino hacia el cielo
Contamos con tu permiso
Para que empiece el homenaje.
Amén.

(kgan qaqcha miski irqui)
(q'ipiri suti)
(kgan wagaychana)
(kankay misachiku)
(apukamachi kusicuna)
(kgan ñnan sayasga hawa pacha)
(yupay kgan thallachiy)
(napaq ima illariy tinka)
Amén

Realizada esta oración, o alguna parecida, la pareja –padre y madrina-, bailaban solos, un “baile que se llamaba chacarera o china del campo”, que tenía una coreografía al arbitrio de los bailarines –muy parecida a lo que me habían enseñado como La chacarera-, , y totalmente picaresca: daban giros y volteretas, al compás de un ritmo alegre, y el padre al pasar cerca de la CHACARERA, la tocaba como haciéndole caricias, o bien alguna atrevida caricia “como al descuido”, si el hombre ya estaba lo suficientemente machado, para algarabía de los paisanos presentes.

Terminado este baile, que fue como una introducción, ya se lanzó toda la paisanada meta baile, y se bebía hasta que la macha era evidente. ¡¡Como bailaban!!, calculo que a más de un enseñador se espantaría de ese folklore de verdad; varios se sentaron esperando que se les pasara un poco los efluvios, otros tomaban huevos de gallina crudos porque dicen que es bueno para no macharse (o para la resaca como decimos nosotros), otros mascando coca, y vuelta a comenzar, dada la tremenda ingesta de chicha-misky o aloja, y alcanzamos a ver una damajuana de vino patero, quien solo aquel que tiene costumbre –y estómago- es capaz de tomarlo. Pero no había



en ojos, todo era diversión, y a cada rato alguno de los presentes gritaba: ¡**Wichay lichiska Misk'i ima Pachakamaq ujllana!** (Sube niño dulce que Dios te abrace), y por detrás iba un trago (que su tamaño era de un jarro)

Los músicos zapateaban (para los que alguna vez los vieron, zapateaban al estilo Machingo Abalos), igual de machados, y cada tanto algún invitado o pariente “felicitaba al padre del angelito por la suerte de que se iba al cielo”, alguno hasta dos y tres veces, porque “se olvidaba” que lo había ya saludado, como nos dijo don José Argañaráz buen paisano conocido de Chunquin venido de la ciudad, vecino de la calle Moreno.

Pasaron las horas, y no había ni intención de terminar; dos días duraba todo el rito, este acabaría al día siguiente a eso de las 3 de la tarde, contado desde que se muere el angelito.

- “Che, Chunquin, y estos ¿cuándo terminan?”.
- No lo sé, y no creo que nos quedemos mucho tiempo, tenemos que llegar a Sáenz Peña.

Al menos eso pensábamos. Cuando la macha ya resultaba demasiada, se apoyaban contra troncos, otros le rezaban al angelito, en un quechua con “lengua bola” y las mujeres, llamadas “chacareras”, se reunían y se quedaban conversando, esperando, porque sabía que pronto comenzaría de nuevo el homenaje, que no pararía hasta que llevaran al angelito.

-IV-

Pero, hete aquí otra sorpresa: según nos contó don José Argañaraz, que era Arquitecto dicho sea de paso, que la fiesta del velorio del angelito, como tal, dejó de hacerse o ya no como antes, la iglesia tuvo mucho que ver, pero quedó aquel ritmo que los antiguos paisanos le llamaron “la chacarera”, en honor a las damas que “soportaban, velaban y cuidaban a sus hombres”, además del trabajo que hacían, que era el de “chacarera”, lo cual explicaría – posiblemente- la aparición de la danza llamada de esa forma, sin letra ninguna. Qué valor desde el punto de investigación científica tendría ese comentario, lo desconozco, lo que sí sé que este hombre vio muchos velorios de angelitos, y estaba acostumbrado a escuchar las conversaciones de los paisanos. Me queda la duda, pero no descarto la hipótesis.



Lo de llamar “chacarera” se desconoce el origen del tiempo, pero por favor no la hagan venir de los EEUU, o de algún país para abajo, costumbre que tienen los “enseñadores” de bailes. Puede ser cierto o no ese origen que nos dijeron, pero si no sabemos no tenemos por qué hacerla provenir de otro lado. Esto es más o menos cuando no se comprende quien hizo las pirámides o los dibujos del Perú, “seguro que han sido los marcianos”

De una cosa estoy seguro; no sé si alguien ha visto alguna vez un velorio de angelito, yo sí he tenido “la suerte” de experimentar uno. Es muy posible que sea con variaciones, pero de una cosa estoy seguro, este que presencié era con la costumbre de ALLI.

Lo expuesto brevemente, es lo que se puede decir que es lo folklórico. Lo que ha sido transmitido en forma oral, anónimo, popular, de costumbrismo lugareño sin saber dónde nace; en mi caso, lo que he visto y participado. Es folklórico, pero casualmente por eso: no se sabe nada de eso; se le endilga un origen, pero basta ver algunos de los libros que cito para darse cuenta que, de América no viene. Hasta ahora sabemos que tiene relación hasta con los árabes, judíos, españoles, entonces no se lo endilguemos “porque sí” a cualquiera, mejor hay que tomarse el trabajo de estudiar un poco.

Al final nos quedamos, estuvimos hasta el otro día, justo el momento que al angelito lo ponían en un cajoncito blanco y lo llevaban al cementerio, llamándonos la atención que el cortejo era de hombres solos, y las mujeres se quedaron poniendo orden algunas, otras rezando el Rosario, y la madre con la madrina penando solas en el interior de la casa.

Nosotros subimos a la camioneta, una Ford 2000 y partimos en silencio; cada uno pensando en esa experiencia, y muertos de sueño y de cansancio, y teníamos 300 kms por delante.

Nadie me lo contó, es una experiencia que se la deseo a todos los que gustan de lo nuestro, en especial a los “enseñadores”.

No me quedan dudas que este relato, va a resultar una sorpresa para más de uno.

ACAPITE

Cómo habrá sido anteriormente, más preciso en el siglo XIX, que llegó a prohibirse este homenaje, NO BAILE, que el diario La Gazeta del Jueves 23 de Enero de 2014 dice: “En la



edición del 22 de enero de 1860, el diario local se han hecho con grave escándalo, por cuanto ellas servían de pretexto para entregarse a todo género de excesos". Se vedaban igualmente "los bailes en los días no festivos", y se establecía que "en los que no lo sean, no podrán verificarse sin especial permiso de la Policía". Esta, para acordarlo, deberá "tener justificativos de la moral y buenas costumbres de las personas en cuya casa deben efectuarse, y para que en su caso la Policía envíe sus agentes para que velen por la observación del orden".

Bibliografía de investigaciones bibliográficas, por el profesor Rafael Tobías Raguel. Datos comparables y disímiles. Año 1983 recomendadas:

- Anguiano, Marina. Origen y significado de Días de Muertos. En: Las Tradiciones de Días de Muertos en México, SEP, Dirección General de Culturas Populares. Dirección General de Publicaciones y Medios, Dirección General de Bibliotecas, Programa de Artesanías y Culturas Populares, México D.F., Nov 1987.
- Arlandis, Lisard. Fiestas y costumbres de Valencia. Valencia, José Huguet editor, 1987,
- Dragoski, G. y J. Paez Fiestas y Ceremonias Tradicionales. Colección la Historia Popular. Vida y Milagros de nuestro pueblo, 1972 - Vol. 84
- Faro De Castaño, Teresita. De magia, mitos y arquetipos. Bs.As., Edit. De Belgrano, 1985,
- Foster, George. Cultura y conquista. La herencia española de América. Xalapa, México, Universidad Veracruzana. Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 1962.
- Granada, Daniel. Supersticiones del Río de la Plata. Montevideo, Capibara, 2003.
- Lázaro Flury: *Motivos Argentinos*; Ed. Ciordia y Rodriguez, Bs. Aires, 1951
- Luis Álvarez Urquieta - Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Vol. 14, 1940,
- Poirier, Eduardo, *Chile en 1910*, Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación "Barcelona", 1910
- Wagner, Emilio. Un velorio a orillas del río Salado, República Argentina. En: Nuevas propuestas, Universidad Católica de Santiago del Estero, Santiago del Estero, N°27, junio de 2000